

Cuentos, SOLEDAD

Ana Cristina Aristizábal Uribe*

Después de abrir los ojos, Soledad se sentó en su cama. Había pasado una buena noche y estaba lista para enfrentar las tareas del día, nada del otro mundo: llevar los niños al colegio, ir al banco a pagar los servicios, pasar por la farmacia y regresar a casa para hacer el almuerzo. Por la tarde, como ya lo había previsto, iría donde la modista para pulir los últimos detalles del vestido que usaría en la boda de su sobrino dentro de 15 días.

Era un día rutinario, pero estaba harta de los días rutinarios. Ciertamente no solo la rutina la tenía cansada, sino que atravesaba la crisis de los 10 años del matrimonio: los niños estaban en edades insoportables, su esposo andaba enredado con otra mujer, estaba harta de tener que hacer de comer a unos niños que no querían comer y a un esposo que cuando llegaba del trabajo, ya había comido; y para acabar de ajustar, su sobrino preferido se casaría con una joven que le haría la vida infeliz, pues no lo valoraba en su real dimensión.

«Sólo me provoca irme adonde nadie me conozca, y donde nadie me pueda hacer la vida tan espantosa». Todos los días pensaba lo mismo y comenzó

* Comunicadora Social de la Universidad Pontificia Bolivariana. Especialista en Ética de la UPB. Candidata a Maestría en Filosofía de la misma Universidad. Actualmente trabaja en la Emisora Cultural Radio Bolivariana. Dirección electrónica: ana.aristizabal@upb.edu.co

Artículo recibido el día 25 de enero de 2008 y aprobado por el Comité Editorial el día 20 de febrero de 2008.

a urdir un plan para escaparse. «Un buen plan con el que nadie salga lastimado», pensaba.

En la última discusión con su esposo, Soledad le había confesado que el peor error cometido en su vida era haberse casado con él. Cuando él le pidió hablar más bajito para que no escucharan los niños, ella lo que hizo fue levantar la voz y recordar lo bruta que había sido al no hacerle caso a su madre para no tener un segundo hijo. «Estoy harta de todo y te las tendrás que seguir arreglando sin mí», gritó desafortunadamente. «¿Y qué vas a hacer? –profirió con cinismo– ¿Volverás a la jaula de tus papás donde ni podías respirar sola?».

Esa noche se deshizo en llanto y se acostó en la pieza de atrás odiando con todo su corazón la vida que llevaba: su esposo era lo peor, los niños unos malcriados y era verdad que sus padres la asfixiaban de tanto intentar protegerla, aún después de casada.

Mientras se preparaba un café para desayunar con tostadas llegó a la conclusión de que su mayor problema eran su esposo, los niños, sus padres y la amante de su esposo. Además, le pareció sensato incluir en la lista de desagradables a la vecina del piso superior que hacía bulla toda la noche, al vecino del edificio de enfrente que no dejaba dormir con las parrandas vallenateras, a la profesora de los niños que semanalmente ponía quejas de ellos y, obviamente, a la desagradable jovencita que se casaría con su sobrino preferido. «¡Ah!, cómo sería de buena la vida si ninguno de ellos existiera».

Cuando esa mañana comenzó a acosar a los niños para salir rápido al colegio, y ninguno le contestó, se dio cuenta de que no estaban. «¡Por fin el papá decidió llevarlos al colegio!», pensó. Entonces se arregló despacio, pudiendo disfrutar –por fin– una mañana sin afán.

Cuando se casó, Soledad había oído las historias de los hombres que no servían para nada. Durante el noviazgo eran los más amables, comedidos, serviciales y ejemplares. Pero se casaban y era como si los cambiaran por otros. Ella, con algo de temor, pero feliz, había ido a la iglesia, aferrándose a la idea de que las otras eran las que no tenían suerte, y que ella podría cortar la mala racha de sus tías, primas y otras familiares cercanas que habían fracasado en sus uniones conyugales. Pero el tiempo se encargó de demostrarle que las cosas no serían distintas para ella. Su pesadilla había comenzado unos cinco años atrás cuando un martes en la mañana llegó a casa un espectacular ramo de rosas apasionadamente rojas con una sentida tarjeta que decía: “Este último año contigo me ha renovado las ganas de vivir. Gracias por lo que me diste este fin de semana. Rigo”. Efectivamente Rigo sí era su esposo, pero este fin de semana no estuvieron juntos, pues Rigo había estado en un congreso en Cartagena enviado por la empresa y había estado allí con su amante. Por alguna extraña equivocación el ramo enviado por Rigo había errado de dirección y terminado en casa de Soledad.

Desde entonces la relación matrimonial nunca fue igual. Y a ella los celos la devoraban, pero le pesaba más el sentimiento de culpa por no haber escuchado a su mamá. Ella creía que tener hijos era lo más hermoso del mundo, pero desde que había nacido su segunda hija, exactamente tres meses después del equivocado ramo de rosas apasionadamente rojas, odiaba a los niños. Pero este sentimiento también le provocaba una doble sensación de angustia, pues sabía que no era normal que una madre no quisiera a sus hijos, es más, que los odiara.

Su mundo se había comenzado a desmoronar desde aquel fatídico martes y caído en el derrumbe total tres años después cuando una tarde lluviosa –tenía que ser lluviosa– Rigo le había confesado que sólo por conveniencia estaba con ella. Desde esa tarde llovía interminablemente en su vida.

Esa mañana cuando los niños no estaban, no se percató inmediatamente de que “ya” no estaban. Pensaba que Rigo los había llevado, pero no sabía

que su esposo había salido desde hacía más de una hora, pues como cada cual dormía en cuartos separados, pocas veces se enteraban de los horarios del otro.

Encendió la radio para oír un poco de noticias matutinas pero no encontró la emisora. Movi6 el dial de izquierda a derecha para sintonizar mejor, pero sin ningún éxito. Creyó entonces en algún desperfecto del aparato y continuó con su rutina de arreglarse un poco para salir. De pronto cayó en la cuenta de que si ya los niños no estaban, pues no tendría que seguir arreglándose para salir. Por un instante se sintió desconcertada, como sin saber qué hacer, pero fue solo durante unos milisegundos. Decidió entonces recostarse en la cama a leer algo en las *Selecciones* que tenía en el nochero.

Como una hora después llamó por teléfono a la oficina de Rigo para decirle que había decidido almorzar en el supermercado, así que ni se le fuera a ocurrir asomarse por la casa; claro que si lo decidía –bien podría hacerlo– no encontraría nada para almorzar. En la empresa no le contestaron y colgó convencida de que deberían ampliar la planta telefónica de tal modo que tuviera más capacidad para recibir llamadas simultáneas.

Desde varios meses atrás Soledad hacía lo mismo. Huyendo de su situación le parecía que era mejor el anonimato que le ofrecía el supermercado a quedarse en la casa esperando almorzar con Rigo. El psicólogo le había dicho que tendría que trabajar esas inclinaciones a la soledad. Y Soledad le había contestado que ella se sentía mejor cuando no había nadie alrededor, cuando nadie le exigía nada, cuando ninguna mirada escrutaba su vestido, peinado o manera de caminar. Por eso cada vez iba con más frecuencia a esconderse en medio de la masa, pues a ella le parecía que le proporcionaba la posibilidad del anonimato. Y ese día, hastiada de su mundo, y sobretodo, agobiada por la presencia de su familia, había decidido refugiarse en el centro comercial y almorzar en el supermercado habitual. Allí aprovecharía para ir al banco y, en la farmacia, comprar las pastillas que necesitaba para la depresión.

Salió a la calle y un golpe invisible le hizo saltar el corazón. No supo qué fue, no sintió dolor ni había caído al suelo, pero sentía un peso enorme en la cabeza. Miró bien, pero no para afuera sino para adentro, para lograr identificar qué era lo que estaba pasando. Miró con sigilo y entendió que el asunto no era en la cabeza, sino exactamente en los oídos. Ajustó la atención y quedó horrorizada: no oía nada. ¿Se había quedado sorda? Buscó a alguien a quien preguntarle cualquier cosa para saber si podría escuchar la respuesta y confirmar o descartar una posible sordera. Miró hacia la izquierda e hizo un largo paneo con la cabeza. No vio a nadie. Miró a la derecha, haciendo otro paneo. No vio a nadie. Alargó la vista hacia el frente. No vio a nadie. Miró hacia atrás... no había nadie; a los carros que estaban estacionados al borde de la calle, no había nadie. Un taxi estaba como a 20 metros y caminó rápido para hablar con el chofer. No estaba.

Se detuvo de un golpe, respiró profundamente y el ruido de la inspiración la tomó por sorpresa pero le permitió confirmar que no estaba sorda. Dijo un "ehh" en voz alta y se escuchó perfectamente. «Bueno, por lo menos no estoy sorda ¡qué susto!», dijo y se tranquilizó.

Pero repentinamente volvió a estremecerse, sin saber por qué. Confirmó una vez más que había algo que la tenía inquieta. Recordó el golpe invisible, o bueno, algo parecido a eso, que había sentido al salir a la calle. ¿Qué habrá sido aquello? ¿Sí fue un golpe? O ¿qué fue? Volvió a concentrarse y pudo determinarlo: era algo en el ambiente. Y si era por los oídos. Miró rápidamente a los lados, al cielo, al fondo de la calle, a los edificios y casas y a la acera hasta donde la vista se lo permitía. Entonces entendió: no había bulla, no había ruidos, no había movimientos, nada se movía, nada hacía bulla... «Dios mío ¿qué pasa!?», pensó, al mismo tiempo que sentía que no podría controlarse. «Tengo que calmarme», se ordenó a sí misma. Pero un proyectil destructor le atravesó el pensamiento en forma de afirmación: NADIE se mueve, por eso no hay ruido.

Caminó lentamente hacia la portería de un edificio. Allí tendría que estar el portero. Se arrimó muy despacio, casi caminando en la punta de los pies como si quisiera llegar en secreto. No desprendía los ojos de la vidriera esperando ver algún movimiento. Nada se movió. Cuando llegó miró a través del vidrio e hizo una mueca entre desconsuelo y terror cuando no vio al portero. Pero inmediatamente su razón entró a la ofensiva contra los sentimientos de miedo que la estremecieron: «Debe haber bajado a los garajes o subido a algún apartamento». Timbró dos veces y siguió mirando tan intensamente a través del vidrio que sus ojos parecían rayos X intentando descubrir al portero detrás de los muros. A los interminables 20 segundos volvió a timbrar, pero nadie vino.

Entonces se dio media vuelta y miró nuevamente con atención a la calle. Miró a los edificios de enfrente y a cada una de las ventanas de los apartamentos. Miró la calle hacia un lado y hacia el otro. No había gente. «Tiene que ser casualidad, ¡cómo no va a haber gente!», dijo casi regañándose a sí misma. Se apartó de aquella portería y comenzó a caminar en búsqueda de alguien. Pensó que estaba delirando. Quizá tendría fiebre o ya el odio contra Rigo la tendría alucinando. Entonces vio algo en la silla delantera de un carro que estaba estacionado en la calle. Se acercó sonriendo y casi corriendo, como diciéndose a sí misma «viste, estabas alucinando». Pero no era más que la cabecera del asiento, que ella, en medio del estupor, había confundido con la silueta de una persona.

Tragó saliva, tenía la garganta reseca. La respiración empezó a agitarse. El psicólogo la había prevenido sobre los ataques de pánico. Soledad le aseguró entonces que no los había tenido nunca... «¿Será que me está empezando uno?». Decidió llamar a Rigo al celular, pero inmediatamente se contuvo, pues pensó que no le daría el gusto de dejarse ver angustiada y menos con una razón tan extraña: porque no veía a nadie en la calle. Además, pensándolo bien, eso no tenía sentido: «Rigo, estoy angustiada: no veo a nadie en la calle», él seguramente se burlaría de inmediato y más con lo mordaz que se había vuelto. Claro que ante un comentario así, cualquiera

no sólo se burlaría, sino que consideraría medio loca a la persona que lo estuviera diciendo.

Cerró el celular, pero lo apretó con fuerza en la mano. En ese momento no se dio cuenta de que con ese gesto estaba asegurando que ese aparato era la mejor herramienta para llegar a alguien, para encontrar a alguien, para hablar con alguien, para oír a alguien, para estar con alguien. Se detuvo en la mitad de la calle: ni un carro, ni un bus, ni un taxi. ¡Qué quietud! ¡Qué soledad! Pero lo más aterrador: ¡Qué silencio! No podía ser, tendría que ser que ella estaba delirando. «¡Ah! Es una pesadilla», se aseguró a sí misma.

Y entonces se tranquilizó. «¡Es una pesadilla! La disfrutaré», se dijo. «Qué bien, todo es mío y no hay nadie que me mire ni me moleste ni me presione. Rigo no está, los niños tampoco, mis papás menos. No hay nadie. En esta pesadilla no hay personas. Pero está todo, es decir están las cosas, y como no hay nadie, entonces todo será para mí. Disfrutaré todo para mí en esta pesadilla».

Siguió entonces caminando por la calle, fingiendo una sonrisa y tratando de tararear una canción segura de que no haría el ridículo ante nadie. El centro comercial le quedaba a diez cuadras, las que tendría que caminar puesto que no había ni taxis ni buses. Bueno, sí había taxis y buses, pero no había quién los condujera. Así que fingiendo asumir las cosas deportivamente –al fin y al cabo sólo era una pesadilla–, decidió caminar las diez cuadras. De pronto se le ocurrió una idea: cogería cualquiera de los carros que había por ahí, al fin y al cabo los dueños no estaban.

El primer carro estaba cerrado, sin llaves a la vista y obviamente no pudo entrar. Pero se acordó del taxi que estaba apenas unos pasos más atrás y fue hasta él. ¡Eureka!, las llaves estaban pegadas, así que podría usarlo. En un leve olvido de las circunstancias y quizá por instinto miró hacia los lados, por si había alguien que la viera y le dijera alguna cosa por usar lo ajeno. Pero no había nadie para decirle nada. Cierta desazón le quemó la

boca del estómago, la desechó velozmente y se montó. «¡Qué dirían mis amigas si me vieran manejando un taxi!».

El recorrido de la las diez cuadras fue violento, pero no por la agresiva actividad de todos los días, sino precisamente por todo lo contrario. La ciudad parecía en toque de queda, era una ciudad fantasma. Como el silencio la iba envolviendo, decidió encender la radio, pero ninguna emisora estaba al aire, no había locutores que la acompañaran ni música que la distrajera por un momento. Por lo menos el ruido del motor impedía oír el estruendo del silencio. Ni un carro, ni una moto, ni un bus, ni un peatón. Nadie en las aceras ni en las ventanas de las casas o los edificios. Ni un solo ventero en los semáforos. Nadie se arrimó a la ventana del taxi a ofrecerle nada. Los niños malabaristas nunca aparecieron. En el primer semáforo se detuvo ante la luz roja y se obligó a ser buena ciudadana respetando la ley, aunque nadie la viera. Pero en el segundo semáforo ya le pareció una tontería ¿para qué cumplir la ley si no perjudicaba a nadie incumpléndola? Lo más extraño fue que manejó más despacio que siempre, cosa que ella misma no entendió, pues no había peligro de causar ningún accidente.

Llegó al parqueadero del centro comercial, no había vigilantes ni porteros. Aunque la puerta estaba abierta no había carros estacionados y esa visión del inmenso lugar completamente vacío le causó aturdimiento. Entró despacio, muy despacio, dio una larga vuelta y aunque había suficiente espacio no fue capaz de escoger ningún sitio. La estructura de cemento vacía le hizo sentir un frío intenso desde los pies hasta la coronilla y decidió salir a la calle. Estacionó el taxi en la vía y entró al centro comercial por la puerta principal para peatones.

El silencio de la mole la estremeció. Después de dar tres pasos adentro se detuvo y miró hacia todos los lados. Entonces por primera vez decidió preguntar, inicialmente con voz normal, después a los gritos: «¿¡Hay alguien aquí?!, ¿¡alguien me escucha!?» Nada. Nadie. «Es solo una pesadilla y la

estoy disfrutando», se repitió en voz alta para tranquilizarse, para animarse. Empezó a caminar por los pasillos desolados y a pesar de que era un día de sol, sintió frío. «¿Frío? Debe ser la falta de gente», dijo.

Cuando había caminado por el frente de varios almacenes cayó en la cuenta de que podría entrar al que quisiera y coger cualquier cosa. Entonces decidió entrar a una joyería. Tímidamente se asomó a uno de los mostradores y con sumo cuidado cogió un espectacular collar de diamantes, que tenía escrito en la colillita “\$15.000.000”. Se lo superpuso ante el espejo. Se le veía hermoso, entonces quiso ponérselo y en otro instante de mínimo olvido de las circunstancias hizo el ademán de buscar con la mirada al dependiente para que le ayudara. No había nadie. Intentó por varios minutos y después de un largo forcejeo con el broche, lo logró. Se miró complacida al espejo y sonrió para sí misma. Luego escogió un reloj de \$25.000.000, unos aretes de \$2.000.000, cuatro pulseras que sumaban \$7.000.000 y dos modestos anillos de tan sólo \$1.000.000 cada uno. Salió satisfecha de la joyería. Se sentía la más elegante, la más bonita. Con seguridad que atraería todas las miradas... pero, a falta de ellas, de cuando en cuando se volvía a las vidrieras de todos los almacenes por los que pasaba, para mirar su propio reflejo.

Fue a la zona de comidas del supermercado. Todas las mesas y sillas que estaban siempre llenas, se veían espantosamente vacías. No había quién atendiera, ni, por supuesto, comida hecha. Entonces vio la vitrina de los alimentos empacados, sacó uno, cogió un refresco y se sentó en la mesa más cercana. Empezó a cantar porque el silencio era aterrador, pero con el primer mordisco tuvo que sumergirse nuevamente en el silencio. «Por lo menos no tendré que pagarle a nadie, hoy almorzaré gratis», se consoló. «Bueno, aunque todo es tan solo una pesadilla», dijo en voz alta entre un mordisco y otro.

Aprovechando que estaba en el supermercado se le ocurrió entonces la grandiosa idea de mercar, al fin y al cabo, nadie le cobraría. Tomó todo

cuanto quiso, en abundancia, cantando cualquier cosa para acompañarse un poco. Cuando colmó el primer carrito, llenó otros dos. Ella misma empacó todo y cuando pasó con el primero por la puerta del supermercado, las alarmas se activaron. Ella se paralizó por instinto, miró de reojo sin mover la cabeza, nadie se asomó ni le habló, entonces prosiguió su camino. Así hizo tres veces, hasta llevar todo al taxi.

Finalmente volvió al centro comercial y entró al banco. Las taquillas estaban repletas de billetes y los cogió todos. Allí no hubo alarmas que se activaran.

Después de tanta actividad, y cuando se sentó en el taxi, recordó que tenía que pagar los servicios y comprar las pastillas. Pero, «¿para qué pagar los servicios si nadie me los cortará? ¿Y para qué comprar las pastillas para dormir si ya nunca más me desvelaré por culpa de Rigo?». Entonces intentó encender el taxi para marcharse a casa, pero nunca respondió: se le había acabado la gasolina. No había a quién pedirle ayuda. Buscó algún otro carro con las llaves pegadas, pero no lo encontró. No tendría cómo llevar todo lo comprado, bueno, todo lo cogido, a casa. Era increíble. Supuso que ese momento sería el final de la pesadilla. Entonces volvió al taxi y se quedó allí sentada, frente al volante, esperando despertar. Miró el reloj: faltaban cinco minutos para las dos de la tarde. Esperó.

Tres minutos después le entró el silencio envolvente que producen las cosas sin movimiento, entonces empezó a entrar en pánico al ver que no despertaba. Contuvo la respiración, el cuerpo se estremeció. «Así son las pesadillas, con estremecimientos», razonó. Volvió a mirar el reloj: faltaba un minuto para las dos. Trató de respirar profundo para tranquilizarse y quiso abrir los ojos para despertarse, pero los tenía abiertos. «¿Cómo diablos se despierta uno de una pesadilla?». Nunca supo la respuesta.

Volvió a mirar el reloj: dos de la tarde y un minuto. Siguió esperando para despertarse. Volvió a mirar el reloj: dos de la tarde y un minuto. Entonces se arrancó el reloj –el mismo que había acabado de coger en la joyería– y lo

lanzó con furia y con violencia por la ventana del carro, estrellándolo contra el pavimento. Gimió... «¿Y si no es una pesadilla?», entonces miró con pánico alrededor. No había nadie. Le marcó a Rigo al celular. No contestó. Llamó a casa de sus padres, ni la contestadora funcionó. Intentó con el colegio de los niños, se cansó de oír repicar el teléfono. Marcó el 123, el número de las emergencias en la ciudad. Ningún resultado. Entonces se agarró al volante con fuerza, gritó como nunca y accionó el pito del taxi por casi una eternidad. Tanta bulla en medio del silencio hizo que los oídos le dolieran. El reloj del panel del taxi marcaba las dos de la tarde y siete minutos.

Salió del taxi, abandonó el gran mercado que había hecho y comenzó a caminar rumbo hacia su casa. El silencio le iba a estallar la cabeza. Pisaba fuerte para oír alguna cosa: por lo menos el sonido de sus pisadas le hacía tener la certeza de que ella estaba ahí. Entró en varias casas, en algunos edificios, gritó pidiendo respuestas, pidiendo auxilio. Vio una camioneta Ford Explorer con las llaves pegadas, pero ya no le importó, aunque se acordó del gran mercado. Hacía rato que iba llorando por la calle pero el llanto se le había confundido con los gritos. Llegó a su casa extenuada y jadeante. Corrió a su cuarto y al ver que no estaba acostada confirmó que no era una pesadilla: la cama vacía ratificaba que no estaba durmiendo.

Fue al cuarto de los niños. Fue al cuarto de Rigo. Nuevamente llamó por teléfono a la oficina de su esposo. Nada. Prendió el televisor y ni siquiera tenía señal. Llamó a casa de sus padres, al celular de su hermana, al celular de su sobrino, a la casa de la modista, a la novia de su sobrino, a la vecina de arriba, buscó por la ventana al vecino de las parrandas vallenateras y en un último acto desesperado llamó al celular de la amante de Rigo... ¡NADIE!

«¿A dónde se fueron todos? ¿Por qué me dejaron sola?», gritó con desesperación, al borde de la locura y presa de un ataque de nervios.

Aún en la ciudad fantasma retumba el eco de lo último que preguntó gritando sin obtener respuesta: «¿Qué clase de vida puedo vivir en un mundo donde sólo existo yo?». 